
Del espíritu de controversia

William Hazlitt

Traducción de Aurelio Asiain

Se ha culpado a menudo al espíritu de controversia de ser fuente de muchas amarguras y aflicciones, de producir “envidia, rencor, odio y toda clase de iniquidades”. El cargo, sin duda, está más que fundado. Pero se dice que es un viento **malsano que no trae nada bueno**, y en esta vida son pocos los males que no se acompañen de alguna circunstancia atenuante. Una de las peores consecuencias del mismo espíritu de controversia es que ha llevado a los hombres a ver demasiado las cosas desde un solo y exagerado punto de vista. La verdad no es una sola: tiene muchos aspectos y muchos matices; no es ni del todo negra ni enteramente blanca; ve algo malo en su propio bando y algo bueno en los otros; hace concesiones al adversario, es indulgente con la flaqueza humana y esta mucho más cerca de parecerse a la caridad de lo que son capaces de imaginar los mercaderes en controversia o quienes lanzan discursos contra ella. El fanático, el hombre de partido (bajo la influencia del mismo espíritu que critica), no ve en las interminables discusiones que han atormentado y fatigado las mentes de los hombres nada más que un exceso de lecturas y una pérdida de tiempo; puede que el filósofo encuentre todavía una excusa para una práctica tan mala y tan ociosa. Una objeción que se hace con frecuencia a las riñas y enfrentamientos incesantes entre las sectas y los partidos es: “¿A qué viene todo eso?” Hay una respuesta: ¿Qué hubieran hecho sin ello? Ni el placer de la cacería ni el beneficio que de ella se deriva deben medirse por el valor de la caza luego de su captura tanto como por la dificultad de iniciarla, el ejercicio brindado al cuerpo y la emoción de los espíritus animales al acorralarla. Y lo mismo ocurre con los ejercicios de la mente y la búsqueda de la verdad, que hay que valorar sobre todo (si acaso) menos por sus resultados una vez alcanzados que porque dan continuamente un campo y un empleo a la mente en sus intentos de llegar a la ansiada meta, que no siempre (o muy raramente) es capaz de alcanzar.

La vieja expresión **ver el fin** es buena, si no significa que debemos olvidar el **principio** y el medio. Al insistir en el valor último de las cosas cuando todo está perdido quizá nos ganemos la reputación de hombres **serios** pero no la de sabios.

Passe pour cela. Si estableciéramos semejante clase de criterio fijo y definitivo de valor y verdad moral, más nos valdría tratar de construir la vida de nuevo, para hacer de ella un **punctum stans** y no algo en marcha; porque, tal como es, todo fin, antes de que pueda volverse realidad, implica una imaginación previa: un cálido interés en él y una búsqueda activa -todo ello parte vital e integrante de la existencia humana. Decir que un fin tiene sólo valor en sí mismo, y no porque acreciente los recursos vitales y satisfaga las capacidades originales de la naturaleza humana, es una petición de principio. Cuando la obra ha concluido, cae el telón y no vemos más que una tela verde; antes de lo cual, sin embargo,

hemos tenido cinco actos en una hermosa escenografía y con una declamación esmerada, y eso, si pasamos a los hechos simples y llanos, sigue siendo algo. Según la teoría contraria, lo único real es el vacío. Ello halaga el paradójico orgullo de los hombres, que tienen por divisa **todo o nada**. Fíjense en esas pilas de divinidad escolar. ¡Vean dónde yace sepultado el demonio de la controversia! Los gruesos tomos están enmohecidos y comidos por los gusanos. ¿Por lo menos desgastó su contenido el cerebro de quienes los escribieron, corrompió su corazón, confundió sus pensamientos o llenó de lasitud y ennuí el vacío de sus mentes? Aunque hayan sido hechos a un lado y hoy yazgan olvidados, si no hubieran tenido alguna vez una multitud de lectores, nunca habrían sido escritos ni su masa, pesada y sólida, habría llamado a la curiosidad y el celo más despiertos a hincarles el diente. Ver su laboriosa monotonía pesada por libras y vendida como papel de desperdicio nos da risa. Pero quizá tengamos una risa demasiado fácil. De las menores diferencias en la fe y la práctica discutidas en ellos dependió el destino de reinos, y más que eso (que era bien poco): el Cielo y el Infierno temblaban en la balanza, de eso estaban plenamente convencidos nuestros piadosos antepasados. Mucha sangre se derramó sobre el campo, en el patíbulo, a causa de las enmarañadas breñas y zarzas de la controversia; más de un hombre acabó en la hoguera para dar testimonio de los más frívolos e incomprensibles de sus dogmas. Una consecuencia lamentable. Pero si era un mal ser quemado en la hoguera, estaba bien y era bien visto tener una opinión (correcta o no) por la que un hombre estuviera dispuesto a ser quemado en la hoguera. Hay que leer las **Obras de controversia** de Baxter, y pensar en las llamas de fervor, las lenguas de fuego, las montañas de fe, los abismos de sutileza que despliegan, como en un rollo misteriosamente iluminado; y hay que preguntarse luego qué tanto hemos ganado con el desprecio absoluto y la indiferencia hacia todo ello. Nos asombra el número inmenso de volúmenes de sermones que se escribieron, predicaron e imprimieron en torno de las controversias arriana y sociniana, del calvinismo y el arminianismo, las estolas y las sobrepellices, el bautizo de niños y adultos, el culto de las imágenes y la destrucción de las imágenes, y olvidamos que el predicador debía emplearse toda la semana en la preparación de su sermón (fuera el tema que fuese) del siguiente Día del Señor, con un infinito cotejo de textos, autoridades y argumentos; que no se edificaba menos su grey al escucharlo que él al pronunciarlo, y que no eran pocos los parroquianos que volvían convencidos de haber estado escuchando “el meollo de la cuestión”. Veamos ese grupo que se ha reunido tras el oficio y reflexiona sobre las lápidas del atrio, de las que sale, a ojos de la fe, una luz que apunta a los cielos. Veámoslos dispersarse y, mientras vuelve a casa cada uno por su lado en el

crepúsculo, discurrir todavía sobre la doctrina verdadera y las gratas noticias que han oído: ¡cómo “arde en ellos el corazón por el camino”! Luego tendremos que fijarnos otra vez, por decir algo, en aquel escolar que a duras penas puede recordar el texto, o en esa criada perezosa que se despierta y descubre que se ha quedado dormida durante la misa. Así marcha la vida de los hombres, y quienes nos imaginamos por encima de ella no somos, en muchos casos, sino los más distraídos por nuestros propios disparates. Estamos en la edad de la razón y vemos con desdén los puntos de controversia y las distinciones nominales que antes levantaban tanto “escándalo y alboroto” en el mundo, ociosos y ridículos porque no participamos en ellos. Pero si fue el egotismo de nuestros predecesores lo que los magnificó más allá de todo límite razonable, no es menos egotismo el que en nosotros menosprecia sus opiniones y sus búsquedas porque no son las nuestras -aunque, desde luego, dejar a la naturaleza humana sin su egotismo sería como “dejar a la obra de Hamlet sin el papel de Hamlet”. ¿Qué somos si no los mejores con nuestras **controversias utilitarias**, los discursos del señor Taylor contra las evidencias de la religión cristiana, los cambios de ministros y los desacuerdos entre el Duque de Wellington y el Duque de Newcastle?

¡Y tanta discusión dice a lo sumo
que olivo y aceituno todo es uno!

Pero al hábito de la controversia religiosa se le reprocha que fomente la soberbia espiritual y la intolerancia, y que siembre el descontento, la envidia y el temor, “cual pesada caspa sobre la vida”. Y sin embargo, de no ser por ella, nos hubiéramos pasado haciéndonos pedazos uno a otros como los salvajes por un poco de carne cruda, o peleando con una piara por un puñado de bellotas caídas bajo un roble. Sin un motivo de desavenencia -una manzana de la discordia-, la gente no ha hecho todavía, ni será nunca capaz de hacer, mayor cosa que las cortes legales sin alegatos, o los doctores sin enfermos. Lo que deja de ser objeto de discusión deja de ser objeto de interés. ¿Por qué tenemos que lamentar las diversas dificultades y persecuciones de conciencia, cuando no han hecho sino aumentar el apego de los hombres a sus opiniones? Han amado a su religión tanto como han tenido que pagar por ella. No había nada que impidiera a los Disidentes ir a un conciliábulo cuando era una asamblea declaradamente ilegal y el camino más rápido a la prisión o las plantaciones; una vez que se eliminan las pruebas y las multas y que el camino queda abierto y fácil, la secta se reduce gradualmente a la insignificancia. Se supone que lo que no cuesta nada no vale nada. Por lo demás, en el mundo hay siempre más o menos la misma cantidad de maldad, por más que con el cambio de época y costumbres el veneno pueda volverse más fino y matar de maneras desconocidas. Una vez que la espada ha hecho lo peor, la calumnia, “que tiene las hojas más afiladas que una espada”, interviene para que la sangre no deje de correr. En lugar del fuego lento y los birretes de papel en la cabeza de las víctimas, llegamos al mismo fin por la vía, más educada, de los apodosos y la crítica anónima. El **Blackwood's Magazine** es la versión moderna del **Book of Martyrs** de Fox. Descartemos la religión y la política (los dos grandes temas de controversia): la gente se odiaría con la misma cordialidad

y se atormentaría con igual eficacia por la preferencia que ha de darse a Mozart o Rossini, a Pasta o Malibran. Elegimos desde luego las cosas más excelentes, como Dios, la Patria y el Rey, para justificar nuestro celo excesivo; pero éste depende mucho menos de la bondad de nuestra causa que de la fuerza de nuestras pasiones, nuestras pocas pulgas y la arraigada antipatía que sentimos hacia cualquier cosa que se interponga en el camino de nuestra vanidad y nuestra obstinación. Levantamos un ídolo (igual que un tiro al blanco) para que otros lo dobleguen, con riesgo de nuestro más extremo disgusto, que poco tendrá que ver con su valor:

Sea su dios de tal o cual linaje,
piedra, madera o barro mal cocido,
con qué ardor lo defiende el peladaje:
se diría que es de oro molido.

Como sea, es apenas justo añadir, para atenuar los males de la controversia, que si los puntos en cuestión hubieran sido enteramente claros, o la ventaja hubiera estado toda de un solo lado, no habrían sido tan susceptibles de ser impugnados. Condenamos la controversia porque quisiéramos verlo todo a nuestro modo y pensamos que el nuestro es el único bando que merece ser escuchado. Imaginamos que no hay sino un punto de vista correcto sobre un tema y que, estando todos los demás simple y llanamente equivocados, tener que decir algo en su defensa significa un gasto escandaloso de saliva y una prueba horrible de prejuicio y espíritu de partido. Pero no hay aquí sino un deseo de amplitud de miras y espíritu comprensivo. Ya que en general discutimos sobre cosas respecto de las cuales estamos en buena medida a oscuras, y en las que ambos partidos están muy probablemente equivocados y puede dejárseles encontrar su propio error, tanto como sobre esas cuestiones acerca de las cuales hay intereses y pasiones que se oponen y en las que no sería de ningún modo seguro cortar el debate haciendo de un partido juez del otro. Debe dejárseles por tanto que peleen tan bien como puedan y, entre los extremos del disparate y la violencia, hacer un balance de sentido común y justicia imparcial. Cualquier secta o partido caerá, por supuesto, en la extravagancia y la parcialidad, pero lo más probable es que haya algún argumento de base, algún derecho aparente, que justifique el fanatismo y la intolerancia más groseros. La furia de los combatientes se enardece porque la otra parte tiene algo que decir sobre el asunto. Si los hombres fueran tan infalibles como se suponen, no discutirían. Si todas las originalidades estuvieran bien fundadas, la verdad podría encontrarse por receta; pero así como la antigüedad no siempre asiste a una vieja, puede explicar la **vis inertiae** de la mente al hacerla con tanta frecuencia detenerse y dar la cara a la innovación. Si la autoridad no tuviera ciertas ventajas para recomendarla lo mismo que la razón, hace mucho que habría sido rechazada. La aristocracia y la democracia, la monarquía y el republicanismo, no son puro bien o puro mal, aunque así lo piensen sus partidarios o sus antagonistas, y crean que todos los perjuicios surgen de que otros tengan alguna duda sobre el asunto, e insistan en llevar sus absurdas teorías a la práctica. Franceses e ingleses están enormemente prejuiciados unos contra otros; pero aun los intereses de cada uno son mejores considerados bajo esta exagerada noción

que si la vasta masa de derechos y pretensiones por las que cada uno está batallando fueran dejadas a la tierna merced y la despiadada franqueza del otro bando. "Cada hombre por sí mismo y Dios por todos nosotros", es la regla que aquí se aplica. La controversia es por lo tanto un bien o un mal (llámenla como quieran) necesario hasta que todas las diferencias de opinión o de interés se reconcilian y la absoluta certeza o la completa indiferencia, da lo mismo, desechan la posibilidad o la tentación del litigio y el enfrentamiento. No tenemos porqué alarmarnos apenas llegamos a semejante conclusión. Siempre cabe la duda, siempre hay motivos de disputa. Mientras una discusión nos absorbe, desde luego, todo parece claro; pero apenas un punto queda asentado, comenzamos a cavilar y a lanzar objeciones sobre lo que antes había sido tomado como verdad revelada. Los reformistas sólo pensaban en oponerse a la Iglesia de Roma y nunca se imaginaron los cismas y las animosidades que surgirían entre los protestantes. Los disidentes nunca soñaron, al enarbolar sus objeciones a la Iglesia de Inglaterra, en el montón de infieles y escépticos que surgirían, para gran terror y escándalo suyos, en la era siguiente, por su reclamo del libre examen y el juicio privado. Primero fueron objeto de disputa las cosas no *esenciales* de la religión; luego, las esenciales. Nuestra propia

opinión, pensamos, es sólida como una roca, y el resto nos parecen rastros. Pero apenas ha caído por tierra una de nuestras defensas exteriores de una fe o una práctica establecidas, cuando ya otra ha quedado sin defensa ante el enemigo, y los ingenieros del ingenio y las sofistería comienzan de inmediato a atacarla. Procedemos entonces paso a paso, hasta que, atravesando todos los grados de la vanidad y la paradoja, pasamos a dudar si estamos de pie o de cabeza, negamos una vez la existencia del espíritu y otra la de la materia, sostenemos que lo negro es blanco, negro lo blanco, llamamos mal al bien y bien al mal y desafiamos a cualquiera a que pruebe lo contrario. Así como la fe es el puntal y el cemento que sostiene a la sociedad, oponiendo los principios establecidos como barrera contra las incursiones de la pasión, así la razón es el *menstrum* que la disuelve, al no dejar nada suficientemente firme o incuestionado en nuestras opiniones que se oponga a la corriente y la tendencia a la inclinación. De aquí la decadencia y la ruina de los estados -su barbarie, su apatía espiritual y su ignorancia-, y así comenzamos de nuevo la ronda de levantar todo lo concebible fuera del caos inculto y la oscura sombra de las cosas, y luego tirar todo lo que levantamos hasta que no quede rastro. Tal es el efecto del flujo y reflujo y la incesante agitación del pensamiento humano. 0

El saco roto de Victor Hugo

Las líneas siguientes pertenecen al libro de Jean Richer Nerval par les témoins de sa vie (Paris, 1970). La anécdota la cuenta Alphonse Karr (1808 - 1898), escritor y periodista amigo de Nerval en sus memorias: Le livre du bard.

Lo llevaron a una casa de salud en París; un fenómeno singular se presentó durante esa segunda enfermedad: no recordaba sino la última sílaba de las palabras y hablaba con locuacidad, sirviéndose solamente de esas terminaciones.

Un día recibí una carta del director de la institución, a donde iba a verlo de vez en cuando.

"El señor Gérard de Nerval", me dijo, "está mejor, señor, y es muy probable que esté en camino de curarse; sin embargo, su situación exige todavía muchos cuidados. Desde hace días tiene un deseo que lo obsesiona: quiere ir a cenar a su casa. Yo lo haría acompañar. Cuide usted de que en la comida no haya nada excitante. Sería muy difícil que consintiera en poner agua en su vino, y en todo caso no lo haría sin pesar; tendría usted que preparar, como hacemos aquí, vino mezclado con agua a partes iguales, en botellas selladas: él no se da cuenta."

La cena estuvo muy bien pero, unos días más tarde, Victor Hugo llegó a mi casa muy de mañana; había recibido del director de la casa de salud una carta semejante a la mía.

Gérard quería imperiosamente ir a cenar a casa de Hugo; seguían las mismas recomendaciones.

"En cuanto al vino", decía el médico, "pida consejo al señor Karr, que ha sabido arreglárselas muy bien".

-Bien -me dijo Hugo-, hoy viene el pobre Gérard a la casa. Llegue temprano: prepararemos el vino juntos.

Gérard llegó y su charla fue muy sensata. Lo sentamos

entre los dos para beber como él y con él el contenido de nuestras botellas, selladas y cubiertas de polvo para darles un aire de antigüedad. Dimos en hablar de las cosas de la época, del desorden moral de los espíritus, y buscamos las causas y los remedios.

-Las causas -dijo Gérard- las conozco, sólo yo las conozco; remedio, no lo hay. En cuanto a las causas, aunque no me esté permitido comunicarlas a nadie, a revelárselas a ustedes, con la condición de que no repitan nada fuera de aquí.

Y añadió, con un aire triste y solemnemente serio, y con el tono de una profunda convicción:

-Dios ha muerto.*

Llegó el momento de regresar a la casa de salud; llamamos al criado que lo había llevado.

Acompañé a Hugo, que lo condujo hasta la escalera y le dijo:

-Vuelve pronto.

Gérard nos estrechó las manos y nos dijo:

-Se equivocan totalmente si creen que he tomado por vino lo que me han hecho beber esta noche.

Luego bajó rápidamente la escalera, seguido por su guardia.

Volvió a curarse esa vez, sin embargo.

Traducción de Aurelio Asiain

* Victor Hugo recuerda y comenta estas palabras de Nerval en Los *miserables* (capítulo XX de la quinta parte) en los siguientes términos: "Quizá *Dios* ha muerto, dijo un día Gérard de Nerval al autor de estas líneas, confundiendo al progreso con Dios y atribuyendo la interrupción del movimiento a la muerte del Ser..."